

**FRIEDRICH HÖLDERLIN: *L'Arxipèlag. Elegies.*
Edición bilingüe, traducción y presentación de Jordi Llovet,
Quaderns Crema, Barcelona, 1999.**

El extenso poema *Der Archipelagus* de Friedrich Hölderlin y una selecta muestra de sus *Elegien* (*Der Wanderer, Menons Klagen um Diotina, Heimkunft an die Verwandten, Brot und Wein y Stuttgart*), junto con su traducción a la lengua catalana, llevada a cabo por Jordi Llovet, integran este libro, que ha sido cuidadosamente editado por Quaderns Crema. La edición, bilingüe, incluye una erudita introducción del traductor, que proporciona al lector todas las claves y puntos de referencia necesarios para la mejor comprensión del poemario.

Son encomiables, por muchos conceptos, tanto la traducción como el estudio previo. Pero reviste un especial interés la actitud que se adopta a la hora de reproducir las formas métricas, ya que se ha logrado una exacta y hermosa equivalencia de los versos de la lengua catalana receptora a los de la lengua alemana original. El ritmo, en efecto, se traduce, en ritmo, y el verso reaparece como verso, cuya medida se ajusta perfectamente en la lengua de llegada a las pautas iniciales de la lengua de partida.

En la lengua alemana, los poemas están escritos en unos metros que fueron directamente heredados de la tradición grecolatina: hexámetros por lo que respecta a *El Archipiélago*, y dísticos elegíacos, esto es, hexámetros y pentámetros alternados, en lo que atañe a las *Elegías*. Naturalmente, los versos de Hölderlin no son, propiamente hablando, ni hexámetros ni pentámetros, sino tan sólo un intento de adaptación al alemán de estas formas clásicas, uno más entre los múltiples realizados en las literaturas europeas, en especial desde mediados del siglo XVIII hasta principios del XX. Por limitarnos al hexámetro, recuérdese la “Salutación del optimista” de Rubén Darío, cuyo verso inaugural –«Íclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda»– sugiere y remeda, con su marcado ritmo dactílico y sus seis grupos acentuales, los seis pies del hexámetro clásico. El mismo Rubén hacía ver, en el

prefacio de *Cantos de vida y esperanza*, cómo se había estado ya utilizando el hexámetro en todos los países cultos de Europa, y concretamente citaba a Carducci y a Longfellow.

A decir verdad, una aclimatación aceptable del hexámetro a las métricas europeas nunca tuvo lugar. La asimilación sistemática de las sílabas largas a las tónicas, y las breves a las átonas, en el hexámetro dactílico, daría como resultado una repetitiva serie ternaria, que, de ser mantenida, redundaría en una monotonía insufrible. Por otra parte, la utilización del espondeo como alternativa al dáctilo, y la consiguiente asimilación de sus dos sílabas largas a sílabas tónicas, nos llevaría al ritmo imposible de dos tónicas consecutivas. Por definición, la sílaba acentuada lo es siempre en relación a un entorno, ya que el acento no es una entidad absoluta, sino relativa. Una sílaba, con relieve acentual en la palabra aislada, puede perderlo en la secuencia fónica del discurso ordinario, o en la línea del verso, ante la proximidad inmediata de la sílaba tónica de otra palabra. O dicho de otro modo, dadas dos sílabas tónicas consecutivas, una de ellas deberá ser *relativamente más acentuada* que la otra. Esto explica que, en la adaptación del hexámetro clásico a las lenguas modernas, se optara por sustituir el espondeo por el troqueo, en el que se da la secuencia de una sílaba larga y otra breve, asimilables a tónica y átona.

Ahora bien, ocurre que en la lengua griega y en la latina son obviamente intercambiables el dáctilo y el espondeo, puesto que ambos pies constan de cuatro moras o unidades silábicas: las dos de la sílaba larga y una más por cada una de las dos breves, en el dáctilo, y dos por cada una de las dos largas, en el espondeo. Pero, en las lenguas modernas europeas, no sucede lo mismo. El dáctilo importado consta de tres sílabas, y el troqueo de dos. Y no es razonable el tratar de encontrar una equivalencia rítmica entre ambos pies métricos.

Durante algún tiempo, se pretendió aducir la existencia de una supuesta isocronía acentual entre dichos grupos silábicos. Se hizo al efecto una distinción entre lenguas de isocronía acentual y lenguas de anisocronía acentual, considerándose como *isocronía* la igualdad de las distancias temporales entre los acentos, independientemente del número de sílabas inacentuadas que pudieran existir entre ellos. En las llamadas lenguas de isocronía acentual, serían de ese modo equivalentes el dáctilo y el troqueo. Pero el estado actual de la investigación, tanto en el terreno de la fonética acústica como en el de la fonología métrica, ha echado por tierra dichas hipótesis. Y, más allá de toda consideración teórica, en la práctica sucede que —en

las lenguas europeas modernas, neolatinas o no— el oído no percibe en modo alguno como rítmicamente equivalentes las tres sílabas del dáctilo y las dos del troqueo.

En estas circunstancias, es comprensible que los repetidos intentos de adaptación del hexámetro conserven en la actualidad tan sólo un valor histórico, y en ocasiones meramente anecdótico. En lo que concierne a la traducción del verso clásico, se han venido formulando las más variadas propuestas, que van desde una simple versión en prosa hasta la utilización de los sistemas métricos propios de las lenguas receptoras y, en especial, en la literatura española, los versos de ritmo endecasilábico. En todo caso, para la traducción y la naturalización del hexámetro en las lenguas modernas, cualquier procedimiento sería en principio aceptable, siempre que diéramos de lado definitivamente al quimérico deseo de conservar la oposición larga/breve, o la pretensión de reproducir la peculiar estructura fonológica y morfosintáctica del original griego o latino.

La versión catalana de los versos de Hölderlin requiere una consideración radicalmente distinta. El traductor no ha tenido que habérselas aquí con el problema de adaptar a la lengua catalana las formas métricas de la antigüedad grecolatina, sino que parte de unos versos ya escritos en una lengua europea moderna, unos versos alemanes, que fueron *creados* por Hölderlin a *imitación* de las formas métricas antiguas. A este respecto, el profesor Llovet nos asegura que ha intentado decir, desde el punto de vista del contenido, lo mismo que dice el original. Y certeramente apunta que, en dicho *contenido*, participan también la misma *forma* del verso y la arquitectura del poema.

De ahí que los versos de la traducción aparezcan con la misma factura que los originales, es decir, con los mismos seis periodos rítmicos o grupos acentuales que utilizó el poeta alemán en su imitación del hexámetro. De la exactitud de la traducción dan fe algunos ejemplos:

Kreta steht und Salamis grünt, umdämmert von Lorbeern...

Creta roman, Salamina verdeja, a la llum dels llorers...

(*Der Archipelagus*, v. 13)

Warm ist das Ufer hier und freundlich offene Thale...

Càlides són les riberes, amigues les valls espaioses...

(*Heimkunft an die Verwandten*, v. 49)

Offen steht jezt wieder ein Saal, und gesund ist der Garten...
S'obren les sales extenses de nou i el jardí s'engalana...
(Stutgard, v. 3)

Es asombrosa la sonoridad de los versos catalanes, animados de un ritmo claramente dactílico, en la exquisita traducción de Jordi Llovet. No obstante, como el mismo autor señala, la lengua catalana tiene grandes dificultades para construir de una manera sistemática versos que comiencen por sílaba tónica. Nos advierte que dicha lengua tiende más bien al ritmo anapéstico que al dactílico, como lo demuestra la preferencia del lenguaje coloquial por el hexámetro anapéstico: «Ja et vaig dir que portessis les prunes en una cistella a ca l'àvia», frente al hexámetro dactílico: «Prunes vaig dir que portessis a l'àvia en cistella o en cove». Confiesa que prefiere haber cometido, en alguna ocasión, una posible “incorrección métrica” en lugar de haber incurrido en la extravagancia de ofrecer unos versos forzados y contrahechos. Y considera que, en fin de cuentas, la versión al catalán de un hexámetro no está obligada a ser más que un verso de seis acentos con predominio de secuencias de dos sílabas átonas alternadas con una tónica.

Fundamentalmente, lo que el traductor se ha esforzado por ofrecer al lector catalán actual es una “forma eufónica” que sea asimilable a la musicalidad de los versos alemanes de Hölderlin. Y es que, para Jordi Llovet, una traducción ha de “sonar” siempre como una melodía homologable a la sonoridad del verso original. Esto es lo que justamente ha conseguido con este hermoso libro el profesor Llovet, quien ya con anterioridad había traducido la tragedia *La muerte de Empédocles*, del mismo Hölderlin, publicada también en Quaderns Crema. Las letras catalanas quedan ahora, una vez más, enriquecidas con un trabajo de auténtica recreación poética.

ESTEBAN TORRE